

Ciudad de la Habana, agosto 30 de 2006.

Todo fenómeno natural es susceptible de someterse al rigor de la ciencia, pero ¿tiene la ciencia siempre las herramientas metodológicas y tecnológicas adecuadas para el estudio de todos los fenómenos?

Lo real no se circunscribe a lo medible.

Lo medible no necesariamente es exacto ni lo exacto indispensablemente medible.

Que una rama o sub-rama del conocimiento no sepa reconocer el valor y la importancia de algo no implica que ese fenómeno no los tenga ni que sea falso.

Leer los casi seguros extensos apuntes de Tomás de Torquemada no es suficiente para concluir nada respecto a la Iglesia Católica Apostólica Romana. Dondequiera hay de todo, y no es sino lo adecuado a cada contexto lo que debe servir de fundamento para nuestras conjeturas.

Los defectos del método no son exclusivos de las mal llamadas “medicinas alternativas”. La evaluación de si se puede o se debe eliminar la posibilidad del efecto placebo requiere de mucha más información de la que puede suponer la perspectiva positivista de la Medicina Occidental Moderna (M.O.M.).

Es mucho más difícil poder asegurar, por ejemplo, que una aguja ha sido colocada en un sitio donde no hay un punto de acupuntura que lo que suele suponerse. Existen mucho más de 2000 puntos y zonas con efectos terapéuticos situados fuera de los canales y colaterales. Existen además decenas de microsistemas. Por solo citar dos regiones del organismo, en la oreja existen siete microsistemas y en la mano no menos de seis.

Pero hay aspectos mucho más complejos. Por ejemplo, es muy frecuente que en aras de la ciencia y del método científico esencialmente neopositivista reconocido por la M.O.M., se exija violar los principios del método diagnóstico o terapéutico empleado. Resulta que, en aras de ese método científico, se exige adulterar el objeto de estudio. ¿Cómo es posible que el objeto de estudio se subordine al método? ¿No debe ser el procedimiento inverso?

Pero hay algo más. El objeto del debate no es esa mal llamada “medicina alternativa”, sino el método científico. Citemos solo dos casos.

¿Puede negarse la existencia del llamado “Efecto Kirlian”? ¿Cómo estudiar y comprender desconociendo la perspectiva energética los reportes hechos por el investigador francés Pierre de Vernejoul? Éste inyectó tecnecio 99 en puntos acupunturales<sup>1</sup> en humanos y controló su absorción y el desplazamiento del isótopo mediante un equipo de gammagrafía. Comprobó que el tecnecio radioactivo migraba siguiendo el trayecto de los meridianos, así como que recorría unos 30 cms. en los primeros 4 a 6 minutos. Además verificó que la inyección del mismo isótopo en sitios de la piel que no corresponden con

---

<sup>1</sup> Helms, Joseph, cita (Acupuncture Energetics, Medical Acupuncture Publishers, Berkeley, California, 1997, p. 23) a otro autor francés, Darras que hizo un experimento similar, y logró precisar que la velocidad de progresión del material radioactivo era de 5.5 a 6.5 centímetros por minuto, descartando también de que la transportación hubiere ocurrido por la vía linfática o venosa.

puntos ni meridianos, a las vías venosas y en los vasos linfáticos no reproducía ningún patrón de difusión parecido<sup>2</sup>.

¿Son estos fenómenos de carácter shamánico?

Pero hay algunos “detalles” más. Paradójicamente, y a pesar de todo lo que se habla de estudios a ciegas y de la objetividad requerida en el conocimiento científico, cuando se organiza un experimento, un ensayo clínico sobre un medicamento inyectable, siquiera cuando se trata de un analgésico, se suele exigir pinchar solamente la zona de la inyección para discernir los efectos del pinchazo de los de la sustancia inoculada. Pareciera que los requisitos de los ensayos clínicos, son solo parcialmente estrictos o que el efecto del pinchazo se tiene en cuenta solo en circunstancias muy específicas a pesar de los muchos datos acumulados al respecto.

¿Acaso estos datos no son sugerentes de sesgos e inconsistencias del método empleado?

Pero no es ahí donde se acaban las evidencias.

La M.O.M. proclama que “no existen enfermedades, sino enfermos”, lo que con frecuencia sirve para justificar dos verdades incommovibles:

- a) que todas las enfermedades no se expresan ni evolucionan igual en todos los pacientes
- b) que todos ellos no responden igual a los mismos tratamientos.

También declara con énfasis que “Salud no es solamente la ausencia de enfermedad, sino el completo bienestar físico, mental y social del hombre.”

Llama la atención cómo la primera afirmación coexiste en armonía con un concepto de salud que comienza por negarlo en su primera frase al expresar: “no es solo la ausencia de enfermedad”. Esta armónica convivencia contribuye a denunciar que, con disimulo, de manera un poco subrepticia, la M.O.M. no opera con enfermos sino con enfermedades. Es por esa razón que el sinónimo de enfermedad pueda ser “entidad nosológica<sup>3</sup>”. También asombra con qué facilidad tantas veces se afirma que una enfermedad no tiene nada que ver con otra u otras, a pesar de que han ocurrido en un mismo individuo a lo largo de su vida, como si la vida no fuera un proceso único en cada persona

Si no hay enfermedades, sino enfermos, y si todo el organismo se desarrolla a partir de una sola célula, ¿qué sentido tiene hablar de salud y enfermedad? ¿Es posible estar físicamente sano y mentalmente enfermo? ¿No se advierte acaso, detrás de estos conceptos, una falta de consistencia?

Vale la pena citar al Dr. Pedro Laín Entralgo cuando expresó con tanta claridad como anticipación: “Nada tiene de extraño que, con la penetración del positivismo en el pensamiento médico, comenzase el patólogo a despegar la “causa morbosa” del “proceso morboso”, haciendo caso omiso tanto a la

---

<sup>2</sup> De Vernejoul, P. y cols. “Study of Acupuncture Meridians using Radioactive Tracers”, Bull. Acad. Nat. de Medicine (Oct. 22, 1985): 1071 - 1075.

<sup>3</sup> “Entidad”, lo que constituye la esencia o la forma de una cosa. Ente o Ser.

“Nosología”, parte de la medicina que tiene por objeto describir, diferenciar y clasificar las enfermedades.

Estudio individual de las enfermedades. Por consiguiente, en el concepto de “entidad nosológica” está implícito el estudiar las enfermedades como entes en sí mismas, individualizadas, aisladas, al margen del enfermo, como un hecho en sí mismo.

naturaleza específica y de la situación propias del cuerpo enfermo, como del sentido que tiene la enfermedad para el ser que la padece”<sup>4</sup>.

Es evidente que se proclama que no hay enfermedades sino enfermos, pero no se opera con enfermos, sino con enfermedades. Salud y enfermedad se excluyen, se contraponen. O se está sano o se está enfermo.

¿No es francamente poco consistente hablar de salud y enfermedad como dos condiciones vitales excluyentes? ¿Es acaso esa perspectiva de la vida ajena a las concepciones que sustentan el método vigente?

Así, desde mediados del siglo XIX, junto con el positivismo, se adentraba en medicina la capacidad de estudiar con minuciosidad el trastorno, la enfermedad, junto a la incapacidad de hacer nada siquiera parecido con el terreno en que este trastorno tiene lugar, esto es, la persona en la que se produjo el trastorno, persistente secuela metafísica de la que, aún hoy, no se ha podido librar. Aunque explícitamente no se puede afirmar que todos los seres humanos son idénticos, en la práctica se opera como si lo fueran.

Si nos detenemos a pensar sobre la naturaleza, sobre las actividades sociales o sobre nuestra propia espiritualidad, nos encontramos de primera intención con una trama infinita de concatenaciones e influencias recíproca en la que nada permanece cómo ni dónde era, sino que todo se mueve y cambia, nace y caduca. Vemos ante todo la imagen de conjunto, en la que los detalles pasan inicialmente más o menos en un segundo plano. Nos fijamos más en el movimiento, en las transiciones, en la concatenación, que en lo que se mueve, cambia o se concatena.

Esta manera de apreciar la realidad, que algunos se arriesgan a calificar de primitiva o de ingenua, es en esencia acertada, aunque perfectible. Así es la concepción del mundo de los filósofos griegos antiguos, aparece expresada con claridad por Heráclito y por Lao Zi: todo es y no es, pues todo fluye, se halla en constante movimiento, en constante transformación, en incesante nacimiento y caducidad.

Pero esta concepción, a pesar de reflejar con exactitud la imagen de conjunto de los fenómenos, no basta para explicar los detalles que conforman esa totalidad y, mientras no los conocemos, la imagen de conjunto de la totalidad no adquirirá tampoco la claridad y la precisión necesarias. Para conocer estos detalles se tienen que desgajar de su entronque histórico o natural, e investigarlos por separado, cada uno de por sí, en su carácter, causas y efectos específicos, bajo condiciones especiales que ya no reproducen las reales u originales.

El análisis de los fenómenos en sus diferentes partes, su clasificación en categorías determinadas, la investigación de la estructura anatómica de los organismos, la localización del sitio de la enfermedad y la identificación del agente causal agresor que la determinaba, fueron algunos de los hechos que propiciaron los gigantescos progresos alcanzados en el conocimiento de la naturaleza durante los últimos cinco o seis siglos. Sin embargo, estos progresos eran portadores de contradicciones que, a pesar de serles consustanciales, conspiraban contra su consistencia y coherencia; eran portadoras del germen transformador inevitable; impulsaban su propia caducidad como cualquier otro fenómeno dentro del contexto del universo.

---

<sup>4</sup> Laín Entralgo, P., “Estudios de Historia de la Medicina y de Antropología Médica”, Ed. Escorial, Madrid, 1943, Tomo I, p. 299.

Pero simultáneamente nos legaron, no obstante, el hábito de concebir los fenómenos aisladamente, sustraídos del fenómeno al que se subordina de manera directa, como de la gran concatenación general. Por tanto, a pesar de representar un notable avance, no permitían concebir la realidad dentro de su movimiento en tiempo y espacio, sino como una realidad inmóvil, detenida, terminada; no como substancialmente variables, sino como consistencias fijas<sup>5</sup>.

El proceso del desarrollo del método tuvo, durante los siglos XVII y XVIII, dos exponentes por excelencia, dos paradigmas: Bacon y Descartes. Pero ambos, que hicieron trascendentes contribuciones al desarrollo de la Ciencia y de su método, no podían sustraerse del desarrollo que el conocimiento y, por consiguiente, el pensamiento que se había alcanzado en la etapa del desarrollo de la humanidad en que les tocó existir. La metafísica, que había jugado un papel rector en el desarrollo de las ciencias hasta la primera mitad del siglo XVI, se manifestaba en los hombres destinados a superarla.

La “duda” del método de Descartes, como la “experiencia” en el de Bacon, estaban vinculadas con la perspectiva de un mundo terminado, estático, rígido, desconocedor de su dinámica y de sus relaciones reflejas. Esta concepción de la naturaleza dominó el desarrollo de las Ciencias Naturales durante este período. Hobbes y Locke, como Bacon, tampoco podían ir de la comprensión de los detalles a la comprensión del conjunto, por lo que no podían tener noción de la necesidad de concebir la importancia de las concatenaciones en la causalidad de los fenómenos.

La influencia de estos pensadores, muy cercanas en el tiempo y el espacio con el proceso de formación de Augusto Comte, contribuyeron a que se manifestaran como parte de la concepción del mundo de este último. Así el positivismo hereda de sus ancestros, los que debe superar y negar, sus propios inconvenientes. Y esos inconvenientes, fecundos promotores de sesgos invisibles desde su propia perspectiva y de resultados que nos ofrecen una realidad deformada, a la vez que maquillada de una espesa untura de datos y tratamientos matemáticos minuciosos, nace de la proporción de perspectiva metafísica que aún lleva en las raíces y lo nutren.

La minuciosa noción de la parte que propició la metafísica ha permitido un avance, pero ya en el momento actual, el conocimiento acumulado está exigiendo un cambio. Ahora es necesario lograr la concepción del todo con todo su movimiento desde una concepción enriquecida por el minucioso conocimiento de la parte. Una concepción que permita que el pensamiento y el método científicos no se vuelvan a apartar de esa totalidad en perpetua transformación sin menoscabo del estudio de la particularidad, que reconozca y opere con el concepto de que sustancia y no-sustancia no son más que dos expresiones de un mismo fenómeno, idénticas en su esencia, aunque diversas en sus manifestaciones, en el que participe activamente la noción de que el todo refleja las partes y se refleja en ellas, y las partes reflejan el todo y se reflejan entre sí, para propiciar, no solo un acercamiento a la realidad más preciso, sino, además, una perspectiva cualitativamente superior y más cercana a la realidad misma.

---

<sup>5</sup> Conrforth, M., “Ciencia vs. Idealismo”, Ed. Plítica, La Habana, 1964, p. 266 y 267.

¿Es la noción de la realidad que nos propicia el método vigente en medicina tan exacta como ella misma pretende? ¿No es portadora de rasgos metafísicos importantes? ¿Es rigurosamente científica una concepción con una carga metafísica considerable de la realidad?

Estudiar la realidad, con humildad y respeto por los demás es muy importante para poder avanzar y dejar atrás una perspectiva que, en aras de ser tan precisa, muchas veces deforma la realidad que estudia.

Se trata de un problema en el que no hay ni habrá vencidos, sino en el que todos debemos sentirnos vencedores. Un proceso en el errar es una virtud, en tanto parte de la necesidad de avanzar hacia planos superiores, por lo que nunca debería servir de pedestal a la soberbia. Un proceso en el que debemos estar en capacidad de reconocer un aporte, una virtud donde quiera que se encuentre, por pequeña que sea, y que debe, ese proceso, tratar de permanecer al margen de la inutilidad del dogma y del prejuicio.

No me parece que estos elementos de juicio tengan un carácter mítico (mejor que místico). Es cierto que no se ha podido demostrar ni medir la existencia del Qi, energía vital o como se le quiera llamar a eso que, en aras de mi ignorancia, prefiero englobar dentro de la “no-sustancia”, pero son tan ciertas como esa afirmación otras dos.

1. Si se carece del método y las herramientas adecuados un fenómeno no se puede demostrar ni medir, lo que no significa que no exista. Si se nos prohíbe tomar en cuenta lo que nuestros ojos ven por “subjetivo” y se nos entrega un cartabón y un semicírculo, tendremos que llegar a la conclusión de que la luz no existe.
2. Una acotación fuera de su mejor contexto puede confundir en lugar de ilustrar.

Lo más importante no es reconocer la hebra en el ojo ajeno, sino la viga en el propio, sobre todo cuando estamos en posesión de un fuerza, de un poder que nos permite pulverizar lo que pudiera ser el indicio de un nuevo camino en beneficio no solo de la medicina y de su método científico, sino de la humanidad.

Dr. Marcos Días Mastellari